

Historia de las bibliotecas. (<http://www.hiperlibro.net>)

1. Importancia histórica del libro y la biblioteca.

Históricamente libros y bibliotecas han sido durante mucho tiempo monopolio de los grupos de poder. Nobleza, clero y en general las clases sociales dominantes.

El libro ha sido la herramienta básica en el desarrollo de la humanidad por su papel de transmisor de conocimiento, siendo el libro junto a las bibliotecas y la educación el motor de la evolución histórica de las sociedades.

La monopolización por parte de los poderosos de libros y bibliotecas ha hecho que durante mucho tiempo el libro haya sido en muchas ocasiones más un símbolo de poder que de conocimiento. Una biblioteca privada con un importante número de libros daba a su poseedor un alto rango social.

La importancia del libro y las bibliotecas como testigos de la historia queda de manifiesto en el hecho de que en la mayoría de guerras y revueltas, libros y bibliotecas han sido objetivos a destruir.

2. Orígenes. Mesopotamia.

El origen del libro se remonta a unos 5000 años, con la aparición en Mesopotamia (Mesopotamia = entre ríos, entre el Tigris y el Eufrates, en lo que hoy es Irak y parte de Siria) de la escritura. La primera escritura era figurativa, se empleaban dibujos para representar los conceptos e ideas que se quería expresar. Esta escritura figurativa dio lugar a una escritura abstracta con la aparición de la escritura cuneiforme, escritura consistente en el trazado con un punzón de pequeñas rayas en forma de cuña. Desde sus orígenes la escritura y los libros han sido privilegios de reyes poderosos y sacerdotes. Palacios templos y viviendas particulares de las gentes importantes han sido el albergue de la materia escrita.

Primero fue el archivo y luego la biblioteca porque la escritura surgió por motivos contables, para registrar lo que se debía pagar y lo que ya se había pagado a las autoridades. Los encargados de esta contabilidad fueron los sacerdotes y el lugar donde se conservaron los primeros escritos fue el templo. Así parecen probarlo los restos con las anotaciones más antiguas, las bolas de barro que usaron los sumerios. Después la escritura se utilizó para el envío de mensajes (órdenes y cartas) y para la redacción de contratos, inventarios, testamentos, sentencias judiciales y, en general, para todos los actos de los que cupiera esperar una repercusión futura. Los que hoy consideramos materiales de biblioteca, las obras de pensamiento y de creación literaria, circularon de forma oral durante mucho tiempo después de la invención de la escritura. Los conocimientos científicos y técnicos, fruto de la experiencia y de la experimentación, pasaron, dentro de grupos sociales muy restringidos de los ancianos a los jóvenes, de los maestros a los discípulos, sin siquiera haber logrado una estructura que recuerde la forma de un libro o tratado. Las normas jurídicas y de comportamiento religioso se transmitieron de la misma forma, y cuando su número recomendó que se ordenaran para su conservación y difusión, muchos pueblos prefirieron redactarlas en verso o en prosa rítmica para que fueran fáciles de recordar y su recitado, en lenguaje grandilocuente y esotérico, concediera autoridad a los recitadores, defensores de su cumplimiento, e impusiera respeto entre los oyentes, obligados a obedecerlas.

La poesía, lírica o épica, acompañada normalmente de música, se utilizaba con fines religiosos y políticos para alabar a los dioses y tenerlos propicios o para ensalzar la gloria de los soberanos, en ceremonias rituales y en solemnes procesiones que servían para reforzar los lazos sociales y la confianza en la comunidad. En ellas el pueblo escuchaba a veces; otras, acompañaba los cantos y salmodias de los sacerdotes y generalmente vivía profundamente la ceremonia bailando.

Cuando la escritura alcanzó cierto desarrollo, los soberanos sintieron deseo de dejar constancia de sus acciones y construcciones para que las generaciones futuras los admiraran, y ordenaron que se grabaran leyendas alusivas en monumentos, en esculturas e incluso en objetos. Sin embargo, durante muchos años después de la invención de la escritura no se sintió la necesidad de redactar crónicas o simples anales.

Llegó un momento que la riqueza de las ciudades sumerias propició el que se fueran separando del gremio sacerdotal, único que dominaba la escritura, grupos dedicados a actividades distintas a las religiosas, como las administrativas, las relacionadas con las ciencias o la enseñanza. El desarrollo de esta última, probablemente, fue la causa de la transcripción de la literatura oral, que se iniciaría como ejercicios de dictado y copia.

Después se fueron escribiendo y guardando en salas apropiadas, dentro de los templos y junto a los centros de enseñanza, textos con los conocimientos científicos y técnicos, con las normas y rituales religiosos, con las cosmogonías y mitologías, con las cronologías y los anales históricos, así como las narraciones de las campañas victoriosas.

2.1 Las tabletas de arcilla.

Los pueblos mesopotámicos usaron diferentes soportes para la escritura, como tabletas de madera y marfil enceradas sobre las que se escribía con un punzón o estilo duro. Pero el más utilizado sin duda fue la tableta de arcilla. Las tabletas de arcilla consistían generalmente en unas planchas rectangulares, con las esquinas redondeadas, aunque las había redondas y oblongas, e incluso de formas geométricas variadas, que formaban un volumen o conjunto de páginas. Su tamaño oscilaba entre 40 centímetros de altura, las mayores, y un solo centímetro, las más pequeñas, aunque lo normal era un tamaño intermedio.

Dado el material con el que estaban hechas era sencillo su reciclaje, la simple acción del agua sobre la arcilla, permitía su reutilización, y también su conservación mediante la cocción de aquellas tabletas que se quisiera conservar. Presentaban una perforación en un lado para unir las tabletas mediante aros o cintas. Se escribía por una cara, aunque en la cara posterior de la primera tableta se solía incluir los nombres del autor de la obra, propietario de la tableta y escriba que la había realizado. Al final de la tableta incluían el “colofón”, donde se hacía constar el título de la obra. Cuando la obra se distribuía en varias tabletas, al final de cada una de ellas se incluía la primera línea de la tableta siguiente. Si era una serie, el nombre de esta figuraba en el colofón de cada una de las tabletas, así como el número de las tabletas que las constituían. Los datos que contenía el colofón facilitaron su clasificación, ordenamiento, clasificación y rápida localización y recuperación.

Se guardaban en lugares aislados, específicamente ideados para conservarlas, y en el interior de recipientes, generalmente agrupadas por materias y ordenadas por su forma buscando una mejor conservación y fácil localización. El lugar más común para guardarlas eran los templos o edificios anexos, no existiendo bibliotecas públicas. Han sido encontrados numerosos restos en diferentes yacimientos, como: NIPPUR, UR, UGARIT, LAGASH, SUSA, EBLA y NÍNIVE.

2.2 La biblioteca de Ebla.

En Ebla, ciudad de unos 250.000 habitantes, que estuvo situada a 80 Km. al sur de Alepo (ciudad blanca – Siria), cerca del puerto de Ugarit, estaba la biblioteca más antigua encontrada hasta la fecha. Unas excavaciones en el palacio sacaron a la luz dos habitaciones, una pequeña donde se encontraron documentos de carácter económico, y una grande con contenido de temas diversos: textos administrativos, legales, históricos, religiosos y lingüísticos. Adosadas a las paredes había estanterías de madera, según puede deducirse por los restos, donde se colocaban las tabletas de acuerdo a su forma y contenido. Para su pronta identificación una leyenda en el lomo indicaba su contenido. Los textos hallados son en su mayoría de carácter administrativo y comercial: libros diarios y mayores, inventarios, registros de transacciones mercantiles, generalmente sobre textiles, madera, metales y cerámica. También se han encontrado listas de reyes de Ebla, edictos reales, estatutos, correspondencia oficial, tratados políticos y económicos con otras ciudades, listados de nombres de lugares, de palabras eblaitas, de nombres de dioses, reyes, piedras, objetos, animales y profesiones, así como algunos textos literarios sumerios (himnos, encantamientos, poemas épicos y mitológicos, proverbios), diccionarios sumerios eblaitas, silabarios y gramáticas.

2.3 La biblioteca de Lagash.

Los archivos de Lagash estaban formados por pequeñas habitaciones que se comunicaban entre sí sin puertas y quedaban incomunicadas con el exterior, por lo que el acceso tendría que hacerse utilizando una escalera. En las paredes había bancos de obra, de unos 50 Cm. de profundidad, sobre los que descansaban las tabletas directamente, o metidas en recipientes como: cestas de mimbre recubiertas de asfalto, cajas de madera, recipientes de arcilla o jarras.

2.4 La biblioteca de Asurbanipal.

La primera biblioteca mesopotámica de que se tuvo noticia fue la última creada en esa civilización por los asirios. Se trata de la del rey Asurbanipal, descubierta en unas excavaciones en Nínive, enterradas en las ruinas a que quedaron reducidos el palacio real y la ciudad cuando en 612 a.c. fue conquistada por medos y babilonios.

Entre los hallazgos, uno de los más sorprendentes fue el *Poema de Gilgamés*, el más antiguo de la humanidad, y en el que se hablaba de un diluvio, que inmediatamente se asoció con el narrado en la Biblia.

Asurbanipal demostró tener una gran afición por los textos antiguos, se jactaba de su capacidad para descifrar el sumerio y el acadio, y de sus profundos conocimientos sobre presagios, matemáticas, y en general, las “ciencias más oscuras”. Organizó en su palacio un escritorio en el que se copiaron muchos textos. Un número importante de las obras que formaban su biblioteca procedían del botín de campañas militares y de incautaciones ocasionales o donaciones más o menos voluntarias.

2.5 Orígenes de la archivonomía y biblioteconomía.

Los mesopotámicos fueron los creadores de la archivonomía y de la biblioteconomía. Es decir, fueron los primeros en diseñar medios para la conservación y rápida recuperación de la información escrita.

- Destinaron a estos fines habitaciones pequeñas, lo que permitía mantener separadas las diferentes materias.
- Procuraron que los locales dispusieran de agua para disolver las tabletas cuyo contenido había perdido valor, así como para mantenerlas húmedas y poder escribir en ellas y para que por la sequedad del ambiente no se resquebrajasen o rompiesen.
- También dotaron a las habitaciones con un horno para cocer las tabletas cuando estimaran conveniente hacerlo.
- Diseñaron diversos tipos de estanterías y de recipientes, que servían para mantener reunidas las tabletas referentes a un mismo asunto.
- Idearon etiquetas para la rápida localización de los recipientes.
- Inscripciones en el lomo de las tabletas para su pronta identificación.
- Colofones para describir las obras y su extensión.
- Primeros catálogos o listas de obras, cuya finalidad se ignora, aunque parece probable que describieran el contenido de un estante o de una habitación de la biblioteca.

2.6 Alfabeto consonántico.

En la ribera del Mediterráneo oriental hubo ciudades desde tiempos muy antiguos. En el II milenio a.c. estaban habitadas por los cananeos que vivían de la agricultura, del pastoreo y, en las ciudades marítimas, del comercio. Sometidos a la doble influencia de las culturas mesopotámica y egipcia y precisando, por sus actividades económicas y comerciales, la utilización de un sistema de escritura sencillo y práctico, es comprensible que descubrieran el alfabeto consonántico o alefato, apropiado para la escritura de las lenguas semíticas, que en el I milenio aparece dividido en dos grandes ramas, el arameo, que ejerció su influencia hacia tierras orientales, y el fenicio, que fue el origen de los nuevos alfabetos surgidos en occidente, en las tierras mediterráneas y europeas.

Se han encontrado tabletas de arcilla en Ugarit (norte de Siria, frente a la isla de Chipre) escritas con sistema de escritura alfabético. Los reyes de Ugarit tuvieron también su archivo-biblioteca, y en los templos existieron escuelas de escribas, siguiendo la tradición mesopotámica. Se ha conservado un glosario firmado por Rabada, sacerdote del templo de Baal, y ejercicios escolares de los alumnos, que estudiaban, además de su lengua, el acadio, el sumerio, el hitita y el hurrita.

Hay documentación variada (documentos legales, textos jurídicos, listas de precios, etc.), un curioso tratado sobre el cuidado de los caballos y poemas épico-religiosos. Estos poemas, que debieron de recitarse en las grandes festividades, utilizan los procedimientos bíblicos del paralelismo y la acentuación rítmica, careciendo de rima.

2.7 Los persas.

En los momentos iniciales de su breve imperio, que duró poco más de dos siglos, del VI al IV, a.C., los persas no disponían de un sistema propio de escritura y hubieron de recurrir a los de los pueblos conquistados. Desechado el egipcio, que había estado siempre limitado a las tierras del Nilo, se encontraron con que la lengua acadia y el sistema cuneiforme estaban en franco retroceso por lo que se refiere a labores administrativas, aunque mantenían el prestigio de la gran cultura a la que servían de vehículo de expresión.

Por otro lado, la lengua aramea, utilizando la escritura alfabética, había ido ganando cada día a sectores más amplios de la población del Próximo Oriente como resultado de las deportaciones en masa que ordenaron los reyes asirios, del espíritu comercial de los arameos y de la facilidad que la escritura ofrecía, por su carácter cursivo simplificado, lo mismo para ser trazada.

Por eso las eligieron como lengua y escritura administrativas de su imperio, aunque para inscripciones monumentales inventaron para su lengua el sistema denominado cuneiforme persa.

En Susa, reino de Elam, se han encontrado unas 30.000 tabletas elamitas, la mayoría en escritura cuneiforme elamita y un buen número escritas con tinta en arameo, pertenecientes a la época persa aqueménida. Sin duda uno de los documentos más importantes hallados en Susa es una copia del *Código de Hammurabi*, primer tratado legal, esculpida en un bloque de piedra negra de dos metros de alto donde se hallan grabadas las 282 leyes que componían el código, que fue llevada como botín de guerra en el año 1200 a. C. por el rey de Elam Shutruk-Nakhunte.

3. Egipto.

Es pobre la información que tenemos de los archivos y de las bibliotecas egipcias. No se ha descubierto ninguno y los materiales que en ellos se guardaban, dada su escasa resistencia a los agentes físicos, se han destruido por el paso del tiempo.

Los libros han aparecido principalmente en las tumbas, unas veces, como el *Libro de los muertos*, colocado allí para facilitar el viaje de ultratumba al fallecido, otras como material de desecho para acondicionar momias. También se han encontrado restos en los basureros de las ciudades y enterrados en la arena. Estos hallazgos corresponden a textos de tipo religioso, documentos para enseñanza de diversas ciencias (matemáticas, astronomía, medicina) y literatura.

El libro material creado por los egipcios era muy distinto del mesopotámico. Utilizaba, en vez de la tableta de arcilla, una materia ligera, flexible y blanca, denominada papiro, de donde deriva la palabra papel. El parecido entre ambos es grande por la apariencia, por las propiedades y porque en su fabricación los ingredientes son fibras vegetales, agua y cola. El papiro se obtiene de un junco del Nilo, y los libros se formaban pegando lateralmente entre sí, láminas finas de junco, hasta formar una larga tira que se enrollaba en forma de cilindro, de ahí que se les haya dado el nombre de rollos. En estos rollos se escribía con tinta por una cara en columnas, usando para ello juncos al principio y más tarde emplearon cañas terminadas en hebras en forma de pincel. Los rollos se guardaban en jarras de barro o madera para su conservación.

El papiro era un material muy caro, debido a la escasez de materia prima y laboriosidad de su fabricación. Por ello para notas breves, cálculos, borradores y ejercicios escolares se utilizaron, parte de fragmentos de papiro usados por una cara, tabletas de madera enceradas o enyesadas y, de manera más amplia, óstraca, nombre dado a fragmentos de caliza y cerámicos en los que se escribía con tinta. En vez del papiro, la piel se empleó en ocasiones desde tiempos antiguos.

La escritura transcribía la lengua de los egipcios, que ha llegado hasta nosotros con el nombre de copto, se conserva como lengua litúrgica de los cristianos egipcios y es hablada en algunas pequeñas aldeas.

4. Grecia.

La literatura griega fue oral hasta el siglo VIII a.C., cuando se inventó el alfabeto. A partir de entonces se inició la composición escrita, quizá con la redacción definitiva de los poemas homéricos. Pero las obras que componían por escrito los autores se difundieron oralmente. No será hasta el siglo V a.C., siglo de Pericles, cuando se empiece a generalizar la lectura individual. Aumentó notablemente la producción de libros e incluso surgieron en Atenas talleres que fabricaban y exportaban libros. Los griegos heredaron el tipo de libro usado por los egipcios, el rollo de papiro, aunque también las tabletas enceradas o enyesadas para notas y los óstraca.

Parece que esta afición por los libros se debió en parte a los sofistas, que fueron los maestros de la juventud ateniense a partir de la segunda mitad del siglo V a.C., y recomendaban a sus alumnos la lectura. La lectura privada dio lugar en este mismo siglo a la aparición de colecciones de libros de mayor o menor importancia, aunque hasta el siglo siguiente no se puede hablar de bibliotecas.

Durante el siglo IV a.C., podemos hablar de bibliotecas, pues importantes colecciones empiezan a acumularse en los centros de enseñanza superior atenienses, como la escuela de Isócrates, el Liceo de Aristóteles o la Academia de Platón, o en otros fuera de Atenas como la escuela hipocrática de medicina de Cos.

4.1 La biblioteca de Alejandría.

La ciudad de Alejandría fue fundada por Alejandro Magno tras la ocupación pacífica de Egipto (332 a.C.). En el 323 a.C., a la muerte de Alejandro, Ptolomeo Lago obtuvo la satrapía de Egipto, que transformó en reino el año 304. Ptolomeo consolidó su dinastía, que perduró tres siglos, y creó un rico y complejo reino, en el que convivían la vieja cultura egipcia y la moderna griega. Creó una institución cuya importancia en la

transmisión de la cultura griega fue mucho mayor de lo que él mismo pudo imaginar, el Museo de Alejandría.

El Museo no tenía la finalidad de exhibir productos culturales, como las instituciones de igual nombre actuales, ni era un sencillo templo consagrado a las musas, según se entendía en Grecia entonces. Partiendo del recuerdo de las musas, la institución, sin implicaciones religiosas, fue centro de estudios superiores.

No se sabe con certeza quién fue el fundador del Museo y de su biblioteca. En la Antigüedad la idea se atribuyó indistintamente al primer Ptolomeo (Ptolomeo Lago) y a su hijo y sucesor Ptolomeo Filadelfo. Probablemente el padre empezó y el hijo completó su labor.

El fundador reunió y alojó en el Museo, proporcionándoles una grata estancia, a poetas y estudiosos, tras liberarles de preocupaciones económicas y dejarles todo el tiempo libre para el diálogo, la vía socrática por excelencia para llegar al conocimiento, o para la lectura, la nueva vía facilitada por el desarrollo del libro, así como para dar a conocer sus pensamientos oralmente o por escrito. Pasaron por el Museo personajes como Euclides de Alejandría, Aristarco, Aristófanes de Bizancio, Calímaco, Eratóstenes, Apolonio de Rodas, Zenódoto, Alejandro de Etolia, Arquímedes, etc.).

El Museo según la descripción de Estrabón, tenía, entre otras dependencias, un pórtico para pasear, una exedra (construcción descubierta, de planta semicircular, rodeada de bancos adosados a las paredes) para cuando los miembros preferían estar sentados durante las conversaciones o clases, y un amplio comedor, donde hacían sus comidas juntos. Conviene aclarar que las comidas tenían gran importancia para el cambio de ideas. Los simposios (exactamente “bebida en compañía”) entre los griegos, en este sentido, equivalían a las tertulias de los salones aristocráticos en los siglos pasados o a las ya caso desaparecidas de los viejos cafés.

Para dotar a la nueva ciudad de libros y especialmente para atender las necesidades de los miembros del Museo, Ptolomeo creó una biblioteca asesorado probablemente por el ateniense Demetrio de Falero, que se había formado en el Liceo aristotélico y había sido gobernador de Atenas.

Al parecer existió también otra biblioteca más pequeña en el Serapeo o templo de Serapis, donde los Ptolomeos pretendieron establecer un culto nacional hermanando creencias religiosas griegas y egipcias.

El volumen de libros de la Biblioteca del Museo obligaría pronto a buscar un local adecuado donde instalar los rollos y a establecer unas normas para que fueran ordenados depositados y finalmente localizados. Estas necesidades llevarían a la idea de crear un organismo que las resolviera, dando una nueva dimensión a la palabra biblioteca, que evolucionó de mero “depósito de libros” a “institución que adquiere libro apropiados a una finalidad y los guarda con un cierto orden para facilitar su rápida localización y consulta”.

No hay un conocimiento exacto del contenido de la Biblioteca, se calcula que a lo largo de su historia acumulara entre originales y copias aproximadamente 50.000 volúmenes. La palabra volumen no hay que entenderla en el sentido de título u obra, sino simplemente como rollo, referido a la forma física, y el contenido de un rollo era más reducido que el de un volumen normal de nuestros días. Prácticamente equivalía a lo que ahora llamamos folleto, una publicación con menos de 64 páginas. Consecuentemente, los 50.000 volúmenes mencionados equivaldrían a unos 10.000 volúmenes actuales.

La Biblioteca de Alejandría vivió durante ocho siglos aproximadamente acogida al Museo hasta los tiempos del declive del Impero Romano. Varias son las teorías sobre la destrucción de la Biblioteca, aunque no podemos afirmar cual de ellas la correcta, si es que alguna lo es:

- Destrucción en un incendio provocado por Cesar en el puerto durante un ataque del general egipcio Aquila, dicho incendio que tenía como propósito impedir que las naves que había en el puerto cayeran en manos del enemigo, pudiera haberse extendido a la ciudad y acabado con algunos edificios, entre ellos la Biblioteca.
- Destruída por los árabes cuando entraron en Egipto.
- Destruída en tiempos de Constantino quien habiendo reconocido y protegido el cristianismo, ordenó destruir todos los templos paganos, lo que podría haber afectado a la Biblioteca por ser parte del Museo, que si bien no podía considerarse estrictamente como tal, en su origen si lo era.

4.2 La biblioteca de Pérgamo.

La única biblioteca que pudo rivalizar con la de Alejandría en el mundo griego fue la de Pérgamo (Anatolia s.II a.C. – actual Turquía), reino de Asia Menor no tan extenso y de duración más corta que el de los Ptolomeo, cuyos reyes, denominados atálidas, fueron protectores del arte. La biblioteca fue fundada, según Estrabón, por Eumenes II (197-159 a.C.) y su primer director fue Crates de Malos, un filósofo estoico que alcanzó gran prestigio en Roma, a donde se desplazó como embajador del rey. Estuvo situada junto al templo de Atenea. Junto a éste había un gran patio cerrado por dos pórticos con columnas, y adosada a

uno de ellos, una gran sala en la que los restos arqueológicos parecen indicar que estaba instalada la biblioteca.

Emplearon como soporte para los libros el pergamino en lugar del papiro. Este soporte obtenido del tratamiento de la piel de los animales ya era conocido y había sido utilizado en otros lugares, pero el nuevo nombre que recibió se debe a esta ciudad y probablemente a que se fabricaron allí pieles para escribir en gran escala y se exportaron en grandes cantidades, por ser abundante la materia prima, el ganado.

El pergamino mucho más resistente al paso del tiempo que el papiro, se irá imponiendo poco a poco a éste, hasta llegar a sustituirlo por completo en la Edad Media. Al principio el pergamino adoptó el formato rollo del papiro, pero luego dará lugar a un nuevo tipo de libros, los códices, compuestos de láminas de piel cosidas lateralmente, más parecidos a los libros actuales.

5. Roma.

En Roma, como en tantos otros pueblos, primero fueron los archivos y luego las bibliotecas. Hay noticias antiguas de archivos privados, en los que los comerciantes registraban sus operaciones. Más recientes fueron las bibliotecas privadas, constituidas con los libros que trajeron de Oriente como botín de guerra, y que eran un símbolo de distinción para sus propietarios. Aunque en el siglo II a.C. ya circulaban libros latinos, estas primeras bibliotecas estaban constituidas principalmente por obras griegas.

También los archivos públicos se adelantaron a las bibliotecas públicas. El Tabularium, archivo central de Roma, construido en el año 79 a.C., se adelantó a la primera biblioteca pública romana, que se debió a C. Asinio Polión, general, orador, historiador y poeta, amigo en su juventud de Catulo y en su madurez de Horacio y Virgilio, que en frase de Plinio el Viejo, *ingenio hominum rem publicam fecit*, “puso al servicio de todas las creaciones de los hombres”. Situada en el Atrio de la Libertad, tenía, al decir de San Isidro, las dos secciones (griega y latina). Por sugerencia de Augusto empleó en su fundación el botín de Iliria (39 a.C.). Introdujo la costumbre de decorar la biblioteca con bustos de escritores fallecidos, haciendo una excepción con Varrón, cuyo busto colocó en vida de éste.

El funcionamiento de las bibliotecas dependió de los gustos de los emperadores. Los edificios y las colecciones eran pequeños porque era poca la demanda de lectura pública, ya que los romanos preferían trabajar en sus bibliotecas privadas, y sólo acudían a la biblioteca pública en busca de un libro raro, que normalmente retiraban en préstamo. Durante el siglo III los emperadores, retenidos fuera de Roma por continuas guerras, no pudieron demostrar su interés por las bibliotecas, y en el siglo IV, trasladada la capital a Constantinopla, la decadencia fue mayor.

6. Imperio Bizantino (s. IV-XV).

En pocas sociedades el libro ha gozado de la estima y el respeto que alcanzó en Bizancio, quizá porque su supervivencia como Estado político, es decir, la unidad de los pueblos tan diversos que aglomeró, sólo fuera posible manteniendo a los bizantinos distintos de sus vecinos reforzando la herencia cultural, cuyo testimonio permanente constaba en los libros: cristianos frente al Islam, ortodoxos frente a Roma y utilizando la lengua griega, de grande y milenariego prestigio intelectual, frente al latín y el árabe, lenguas llegadas posteriormente a la cultura superior.

La apreciación del libro dio lugar a la existencia de bibliotecas en las instituciones políticas, religiosas y educativas. También en las casas particulares, pues fueron bastantes los bizantinos que dispusieron de bibliotecas propias por ser elevado, aunque menor que en tierras islámicas, el número de personas capaces de leer y escribir en los núcleos urbanos, que fueron más y mayores que los de Europa Occidental. Las bibliotecas privadas se limitaron a un par de docenas de libros por lo general, la razón es que los libros resultaban enormemente costosos porque escaseaban los materiales y la mano de obra de los copistas resultaba cara.

Las bibliotecas más importantes, como cabe suponer, estaban en la capital y entre ellas destacaba la de los emperadores, cuya creación emprendió Constantino en el siglo IV nada más convertir la ciudad en capital de su imperio. Existió también en Constantinopla otra gran biblioteca, la de los patriarcas, cuya importancia temporal dependió en gran parte del amor a los libros sentido por el que ocupaba el cargo. Fue fundada por el patriarca Sergio a comienzos del siglo VII.

Los monasterios de Bizancio, al diferencia de los occidentales, no pertenecían a órdenes religiosas y cada uno se regía por su propia regla. La que gozó de más fama fue la que Teodoro dio al monasterio de Estudio en Constantinopla, en la que se normalizaba la lectura de los monjes, quienes cuando no tenían trabajo podían retirar los libros de la biblioteca para leerlos durante todo el día. Teodoro estableció en su monasterio un escritorio y un taller para la preparación de los pergaminos.

Existieron otros monasterios en la capital con biblioteca, como el de San Juan Bautista, que tenía una escuela, y en cuya biblioteca había bastantes libros clásicos, o el de Chora, donde, al parecer, trabajó el erudito monje Máximo Planudes, o el de Cristo Panoiktirmón. Entre las bibliotecas de los monasterios cabe destacar las de los veinte establecidos en el Monte Athos. En uno de ellos, el de Lavra, había dos bibliotecas, la principal y la de los catecúmenos. La primera llegó a tener un millar de volúmenes y la segunda unos setecientos. Conviene anotar que en este último había obras paganas (Aristóteles, Demóstenes, Ptolomeo, Jenofonte, entre otros) y de cristianos antiguos, como Eusebio y Sócrates.

Quizá la biblioteca más importante de las no situadas en la capital fue la del monasterio de San Juan de Patmos, fundada en el siglo XI con la ayuda del emperador Alejo Commeno por Cristódulo, monje que tuvo que emigrar con sus libros desde el monasterio de Latros primero u después de Halicarnaso y Cos, amenazado por los turcos.

Las bibliotecas de Lavra en Monte Athos y la de Patmos parecen haber sido las principales monacales. Tenemos noticias de la existencia de otros monasterios con bibliotecas, aunque con muchos menos libros, como Meteora en Tesalia, Attalima cerca de Ankara, Santa Catalina en Monte Sinaí y San Juan en las proximidades del Jordán. Cabe destacar también entre las bibliotecas no situadas en Constantinopla, aunque no fue monástica, la de los patriarcas de Jerusalén, conocida también como del Santo Sepulcro, que dispuso de un escritorio.

La alfabetización estuvo más extendida en Bizancio que en la Europa Occidental y la capacidad de leer y escribir no se limitó a una clase, sino que la poseyeron personas de grupos diferentes.

Los libros, que resultaban carísimos, eran apreciados por su valor instrumental, es decir, como medios para la consecución de un fin práctico: perfeccionamiento religioso y profesional (medicina, derecho, administración, arte militar, etc.) o dominio de la expresión escrita.

7. El Islam.

Aunque en el siglo VII d.C. existía un alfabeto árabe, la escritura sólo era utilizada por los comerciantes para sus cuentas. Realmente el primer libro escrito en árabe fue el Corán, en el que se recogen las predicaciones de Mahoma. Los árabes no vieron libros en cantidad hasta que invadieron los imperios vecinos, al norte y al oeste el bizantino, y al este el sasánida, y encontraron grandes ciudades, en las que la escritura y el libro eran una tradición de siglos.

En las mezquitas, que al igual que las catedrales y universidades cristianas, ejercieron de motores de la vida intelectual, se formaron bibliotecas, como en las citadas catedrales, aunque con muchísimos más volúmenes, gracias a donativos piadosos de los fieles, y dado el respeto que estos templos siempre impusieron por su carácter religioso, sus bibliotecas, constituidas principalmente por obras de estudio y de carácter religioso, fueron, en general, respetadas en momentos conflictivos y hoy son el lugar donde se conservan más libros antiguos.

Fueron numerosas las bibliotecas establecidas en madrasas, como la célebre Nidamiya de Bagdad, creada por Nizam al-Muluk; en hospitales y, especialmente en mezquitas, como la que al-Qad-I-Fadil fundó en el Cairo. Hubo también numerosas bibliotecas privadas pertenecientes a bibliófilos que llegaron a reunir miles de volúmenes, que, en general, ponían a disposición de los estudiosos.

Las bibliotecas árabes tenían muchísimos más libros que las de la antigüedad y que las cristianas de su época por el bajo costo de los libros y su rápida reproducción. Emplearon como soporte del papel desde los primeros siglos, frente al pergamino utilizado en otros lugares. El papel era más barato, y esto unido a que el trabajo de copia era más rápido y también más barato, por el tipo de escritura, abarataba el precio de los libros. Aunque el precio de algunos resultaba elevado por estar embellecidos con una hermosa caligrafía y adornos en colores. También era elevado el precio de las copias autenticadas por el autor y el de su borrador. Pero estos ejemplares iban destinados a las bibliotecas de bibliófilos riquísimos.

Los productos de la inteligencia árabe, que fueron esencialmente orales (explicaciones y lecturas en las mezquitas, reuniones literarias con lecturas de obras, recitaciones poéticas e intercambio de ideas), pudieron alcanzar lugares muy alejados geográficamente gracias a la activa circulación del libro, que cumplió su doble función de difusión de las nuevas aportaciones intelectuales y de memoria del pasado, misión esta última conseguida gracias a las bibliotecas.

Los libros tomaron una especial importancia a partir del siglo VII d.C. con los Omeyas que establecieron su corte en Damasco. Se tradujeron al árabe un gran número de obras griegas de todo tipo, aunque no tardaron en centrarse sobre todo en la filosofía y la ciencia. A la dinastía de los Omeya la sucedió la de los Abbasíes, quienes trasladaron la capital a Bagdad, donde se vieron muy influenciados por la cultura persa. A las obras clásicas que formaban parte de sus bibliotecas, se añade la literatura persa, que también será traducida al árabe.

Una de las bibliotecas más importantes fue la de la *bait al-hikma* fundada por al-Mamun, hijo de Harem al-Raxid, donde a los libros heredados añadió obras extranjeras traídas especialmente de bizancio, pero también de Persia, las traducciones, las obras compuestas por encargo del califa, las a él dedicadas y numerosas adquiridas o mandadas copiar a los copistas y calígrafos de la *bait al-hikma*.

Esta institución era fundamentalmente un centro de investigación y la biblioteca su instrumento de trabajo. La *bait al-hikma* alojaba y sostenía económicamente a los encargados de la labor traductora, astrónomos, lexicógrafos, especialistas en *hadices*¹, teólogos y alfaquíes², que gracias a la ayuda económica que recibían podían dedicarse a sus estudios con tranquilidad. Por lo que se sabe del funcionamiento de esta institución es fácil recordar una institución antigua, el Museo de Alejandría.

En España, como en otros países, la arabización fue fácil y rápida, especialmente en las clases superiores, y pronto la nueva cultura desplazó a la latina. El avance cultural se vio favorecido por la aparición de bibliotecas. Excepcional importancia tiene la biblioteca que reunió en Córdoba, en la segunda mitad del siglo X, el califa al-Hakam II. No fue la única que poseyeron los gobernantes musulmanes españoles. Tanto los emires previos al califato, como los posteriores reyes de taifas (Sevilla, Toledo, Almería, Valencia, Zaragoza, Badajoz, Granada, etc.) contaron con colecciones importantes. También hubo numerosas bibliotecas privadas, entre la que destaca la del cordobés Ibn Tufais.

El paso de la ciencia árabe a la cristiana se va a producir fundamentalmente en España, donde durante muchos años se llevará a cabo una activa labor traductora de grandes consecuencias para el progreso de la humanidad, será también a través de al-Andalus la introducción del papel en Europa.

No se creó, dentro del mundo islámico, un tipo de construcción especial para las bibliotecas. Generalmente compartían con otras instituciones un mismo edificio, e incluso en ocasiones no disponían de un local para uso exclusivo. Los libros se guardaban en armarios, que estaban divididos por baldas y casillas, donde se colocaban los libros tumbados, formando pilas. En cada armario había una hoja de papel con la relación de los libros que en él se guardaban y que no tenían ninguna signatura topográfica escrita en ellos directamente ni de ningún tejuelo. Se solía poner el título de manera que fuera visible en la pila para su identificación. Las bibliotecas disponían de un catálogo, a veces escrito en rollos y otras en cuadernos, cada uno con una materia diferente. Hacían las veces de inventario y catálogo topográfico, pues los libros se colocaban en los armarios siguiendo el orden del catálogo, procurando además agrupar en los armarios obras de un mismo tema y naturalmente mantener juntos los ejemplares múltiples de una misma obra.

8. Edad Media (S.V-XV).

Paralelamente a la desaparición de las bibliotecas paganas, fruto de la decadencia de las bibliotecas romanas, van surgiendo las cristianas, al servicio de la religión, que van a caracterizar la Edad Media, sobre todo las ubicadas en los monasterios en las que se realizaba labores de copia y conservación. Se utiliza el pergamino como soporte y nace la encuadernación, los rollos dan paso a los códices. En sus instalaciones aparecen armarios para que descansen los códices.

En el siglo VI vivieron en Italia dos figuras muy importantes en la historia de las bibliotecas, San Benito de Nursia, fundador de la orden benedictina, y Casiodoro. Durante bastantes siglos, los monasterios se rigieron por las reglas establecidas por sus respectivos fundadores, pero terminó imponiéndose la dada por San Benito de Nursia al monasterio que fundó en Montecasino. En estas reglas se establecía la división de la jornada entre el trabajo manual, la oración y la lectura. La importancia que la regla daba a la lectura en la vida monacal obligó a los monasterios a disponer de libros. Lo que en principio fueran bibliotecas con una finalidad de conservación de los libros evolucionó incluyendo la producción de libros en los escritorios monacales.

Casiodoro fundó un monasterio, Vivarium, que destacó por su interés en la salvación de la cultura. Para él era tan importante la oración como la copia de manuscritos. En Vivarium la dependencia más importante fue la biblioteca y los libros se guardaron en armarios de madera, y siguiendo la tradición romana, existía sección para autores griegos y latinos.

La decadencia general que sobrevino con las invasiones en el siglo V alcanzó también a la Península Ibérica, aunque en distinto modo, pues se logró una unidad política religiosa y cultural fruto de la simbiosis entre los invasores y la sociedad hispanoromana, que a cambio de su sometimiento político, impuso su lengua, el latín, y su credo, el cristianismo. Todo ello proporcionó un desarrollo cultural en la España visigoda muy superior al conseguido en otras tierras europeas en aquellos tiempos, hasta el punto de haberse denominado el siglo VII el primer Siglo de Oro español.

¹ Por hadices se conocen los relatos de la vida del profeta Muhammad (Mahoma), ya se trate de sus palabras, de la descripción de sus actos o de sus reacciones ante los actos de sus discípulos.

² Entre los musulmanes, doctor o sabio de la ley.

Aunque las bibliotecas características de la Edad Media en Occidente fueran las monásticas, hubo otras en las ciudades, y principalmente en las cortes imperiales y reales. No faltaron libros en las poderosas cortes imperiales, iniciadas con la de Carlomagno, que, en el paso del siglo VIII al IX, promovió un movimiento cultural llamado, en su honor, renacimiento carolingio.

Mejóro la escuela palatina, de la que nombró director a Alcuino, y a la que, junto con los niños, acudió el propio emperador. La biblioteca de Carlomagno estaba en Aquisgrán y estuvo al frente como bibliotecario Gerhoh.

Cabe destacar también las bibliotecas catedralicias. En las viejas ciudades del occidente europeo supervivientes de la época romana siguieron abiertas las catedrales, con su escuela, su colección de libros e incluso su escritorio. Los libros al principio estaban como en los monasterios, en armarios del claustro, y allí debían ser leídos. Al crecer el número de libros fue necesario destinar una habitación para guardarlos. Entre las bibliotecas catedralicias podemos citar Canterbury y Cork en Inglaterra, Colonia y Freising en Alemania, Cambray y Lyon en Francia, y, Toledo, Oviedo, León o Santiago en España.

Durante los siglos VII y VIII fue decisiva la intervención de Irlanda y Gran Bretaña para la propagación del cristianismo y para el mantenimiento de cierto nivel cultural. Merecen destacarse los monasterios de Armagh, sede de la Iglesia irlandesa, fundado por San Patricio, y los de Bangor, Kells e Iona, este último en Escocia. Del siglo VII es otra fundación irlandesa en Inglaterra, el monasterio de Lindisfarne, que poseyó, como el de Iona, un célebre escritorio y una notable biblioteca.

En el siglo XII las bibliotecas monacales alcanzaron su máximo esplendor, pero, al mismo tiempo, iniciaron su decadencia. Por otro lado, a partir de este siglo son frecuentes las bibliotecas privadas de algunos enseñantes, que pueden dedicar a la adquisición de libros las abundantes rentas de sus beneficios. También se generalizaron al finalizar el periodo, entre reyes y nobles.

Las universidades, institución medieval cuya vida ha llegado hasta nuestros días, fueron tomando forma en la segunda parte del siglo XII como consecuencia de la atracción que ejercían algunos maestros que exponían, en general temporalmente, sus ideas en las escuelas catedralicias a las que acudían alumnos de tierras lejanas, y alcanzaron su constitución definitiva y superaron a las escuelas catedralicias en el siglo XIII, cuando los papas, los reyes y los municipios les aprobaron su carta constitucional. Los profesores no pretendían transmitir exclusiva o fundamentalmente los conocimientos de las generaciones pasadas y evitar que se perdieran los escritos más importantes de la vida religiosa, como había sucedido hasta ese momento. Se amplió el campo de los conocimientos a causa de la inquietud intelectual y del deseo de profundizar en las investigaciones, consecuencia de la resurrección de los estudios sobre las leyes romanas, del descubrimiento de la ciencia árabe y de la filosofía peripatética, y del aumento del profesorado.

Este aumento del interés por el estudio provocó una mayor necesidad de libros, lo que permitió que en el siglo XIII se impusiera el papel al pergamino, por ser más barato y de fácil elaboración.

Se despertó un gran interés por la accesibilidad de los conocimientos y las obras se adaptaron a las nuevas inquietudes intelectuales y necesidades docentes. Se redactaron catálogos de bibliotecas, enciclopedias, obras con exposiciones sistemáticas y libros de texto.

Los libros de las bibliotecas procedían de compras, y aunque su número fue mayor que el de las escuelas catedralicias, no fue realmente importante hasta después de la difusión de la imprenta.

Normalmente en las universidades no hubo una biblioteca general, sino bibliotecas de facultad o de colegio, y no siempre fue franca o fácil la colaboración y coordinación entre ellas.

Tenían bastantes asientos para los lectores y sus libros eran muy utilizados. Había dos secciones, la que podríamos llamar de consulta, con libros encadenados, y otra formada por los libros que se prestaban a profesores y alumnos.

En España las universidades aparecieron en fecha temprana. La primera fue la de Palencia (1212), que fue fundada por su obispo Tello de Meneses. Esta primera universidad no duró mucho pues se vio eclipsada por dos universidades próximas, Salamanca (1215) y Valladolid (1260), que habían de tener gran futuro, también cabe señalar la de Sevilla (1254) creada por Alfonso X.

9. El Renacimiento.

El Renacimiento coincidió con una intensa vida urbana que permitió un gran desarrollo de las letras y del libro. Además del interés por mejorar los conocimientos sobre la Antigüedad clásica y por consiguiente del latín y el griego, adquirió importancia la literatura que se expresaba utilizando las lenguas vernáculas, cuyos mensajes llegaban a mucha más gente.

Es el momento dorado de las bibliotecas privadas, que eran un indicador de la importancia cultural de su propietario. No se limitaban a reunir libros de interés por su contenido o por la doctrina de su autor. Son

bibliotecas de bibliófilos que se sienten inclinados por ejemplares con características especiales, tanto por la belleza y riqueza de su caligrafía, ilustración y presentación, como por la dificultad de conseguirlos.

El adelantado de todos estos bibliófilos fue Tetrarca (1304-1374), que en las catedrales y los viejos monasterios de Italia, Francia y Bélgica encontró y copió manuscritos de obras antiguas, y encargó además a personas competentes que hicieran esta tarea por él, reuniendo la biblioteca privada más importante de su tiempo. Otras bibliotecas importantes fueron la del duque de Urbino, la de los Medici y la Biblioteca Vaticana.

En el siglo XV cambió notablemente la figura del bibliotecario, que ya no fue sólo un responsable de la conservación y reposición de los libros. Ahora se trata de personas de gran formación intelectual, capaces de asesorar a los propietarios en las compras, y que suelen tener a su cargo a copistas, iluminadores y encuadernadores. La imprenta hace su aparición en la segunda parte de este siglo, aunque solo se generalizó la producción de libros impresos en las últimas décadas.

10. Siglo XVI.

Continúa el desarrollo de las ciudades y se consolida el uso de la imprenta, lo que dará lugar a un aumento considerable del número de libros. Esto provocará una mayor diversidad de obras impresas y un importante abaratamiento de su coste, lo que unido al hecho del crecimiento del número de personas capaces de leer, dio un gran impulso al libro.

Se crearon nuevas universidades en toda Europa (Alemania, Holanda, Inglaterra, España...) a las que fue preciso dotar de biblioteca. Se crean también bibliotecas reales (Francia, Baviera, Austria) que al tiempo que satisfacían la vanidad de los monarcas, proporcionaban argumentos en la lucha religiosa, muchas de estas bibliotecas darán lugar a las bibliotecas nacionales. Además de las de los reyes, importantes colecciones privadas pertenecían a la nobleza. También disponían de colecciones médicas y hombres de carrera política, especialmente con formación jurídica, cuyas bibliotecas contenían sobre todo libros de carácter profesional.

En España durante este siglo se creará la biblioteca de la universidad de Alcalá (fundadas ambas por el Cardenal Cisneros). Coincidiendo con el nacimiento de la universidad Complutense iniciaba en Sevilla su colección bibliográfica Hernando Colón, que terminaría formando la biblioteca privada más importante durante mucho tiempo y la mayor de su siglo, a la que dio el nombre de Fernandina y después, cuando quedó instalada en la catedral de Sevilla, recibió el de Colombina, por el que ahora se la conoce. Pretendía crear una gran biblioteca donde estuvieran recogidos todos los libros de todas las lenguas y facultades o ciencias que se encontraran en todo el mundo. Fue pionero en la bibliografía moderna, pues preparó diversos índices (materias, autores, facultades) y resúmenes del contenido de los libros. A su muerte los fondos que en un principio había legado en herencia a su sobrino, pasaron tras la renuncia de éste al convento de San Pablo, que figuraba en tercer lugar como beneficiario en el testamento, para acabar tras una reclamación judicial en la Catedral de Sevilla que era el segundo beneficiario.

Otra biblioteca de gran importancia fue creada en este siglo, la de El Escorial. Felipe II quiso convertir El Escorial en un símbolo de la grandeza de la monarquía, por lo que prestó un gran interés a todos los detalles del monumento incluida la biblioteca, en la que, conforme a los consejos de sus asesores, el valor de la colección no iba a descansar en la cantidad de los libros impresos, sino en la rareza y antigüedad de los manuscritos.

Desde un punto de vista técnico, la disposición de las obras en la biblioteca es novedosa, pues las estanterías están adosadas a los muros frente a la costumbre anterior de colocarlas perpendicularmente, también era diferente la colocación de los libros dentro de los plúteos³, con los cortes dorados hacia fuera y sin cadenas. La razón es que no estaba concebida como sala de lectura por lo que los libros no corrían riesgo de robo. Era una sala palaciega más que una sala de trabajo, de ahí que en el centro, en vez de sillas y mesas de trabajo, hubiera vitrinas y mesas ricas. El monasterio y la biblioteca fueron confiados a los jerónimos, que allí se mantuvieron hasta que en 1837 fue disuelta la comunidad, pasando en 1885 a quedar al cargo de los agustinos, quienes, conocedores del escaso interés que en ella habían depositado sus predecesores, se propusieron catalogarla, imprimir los catálogos y favorecer los estudios sobre el monasterio. Con este fin publicarían una revista, una de las primeras científicas de España, "La Ciudad de Dios".

³ Cada uno de los cajones o tablas de un estante o armario de libros.

11. El siglo XVII.

Este fue un siglo de crisis económica y demográfica, las malas cosechas de cereales, las guerras de religión y la peste empobrecieron a Europa. Bajó el nivel de vida en gran parte de la población y la pobreza se reflejó también en el mal papel y en la descuidada impresión del libro.

Desaparece la idea de la unidad europea o de la cristiandad al final de la Guerra de los treinta años (1618-1648) con la paz de Westfalia que acabó con la supremacía de la casa de Habsburgo consolidó la división entre católicos, al sur, y protestantes, con sus variados grupos, al norte.

Con la desaparición de la unidad religiosa y política fue perdiendo importancia el latín como instrumento de comunicación internacional y de cultura superior. Su puesto se lo disputan el español, el italiano y el francés, lenguas que son conocidas y habladas en diferentes países por personas cultas. Hay un mayor interés por la producción literaria con las lenguas vernáculas, que conocen los momentos más gloriosos de su historia literaria: Siglo de Oro español con escritores como Cervantes, Lope, Calderón y Quevedo, el teatro de Shakespeare en Inglaterra y el de Racine, Corneille y Molière en Francia.

Es también el siglo del nacimiento de la nueva filosofía, de una nueva forma de estudiar y comprender la naturaleza, que consigue echar los cimientos de una nueva ciencia física, química, astronómica, matemática y médica.

Los creadores de la nueva filosofía (Galileo, Grocio, Kepler, Hobbes, Bacon, Marvey y Descartes entre otros) no se dedican, en general a la docencia, y están poco o nada relacionados con las universidades. Tienen tendencia, porque lo precisan, a mantener contacto con otras personas con las mismas inquietudes, con las que suelen cambiar ideas por carta como en el siglo anterior, organizándose reuniones periódicas cuando les es posible, hecho totalmente novedoso y que dará lugar al nacimiento de las sociedades científicas o academias, las cuales terminaron creando sus revistas para dar cuenta de los descubrimientos e informes de sus miembros: Academia dei Lincei (1603) en Roma, Royal Society (1663) en Londres y Academia Royale des Sciences (1666) en París.

Aparecen las primeras bibliotecas públicas, creadas no por monarcas o instituciones públicas, sino por hombres generosos que pensaban que bien valía la pena emplear su riqueza en poner al servicio de los hombres la enorme cantidad de conocimientos e ideas nuevas que se habían ido acumulando en los libros. Daban importancia al contenido de los libros más que a su apariencia. Incluso valían más los libros recientes que los antiguos porque su información era más actual.

La intervención de bibliotecarios profesionales favoreció la conversión de las bibliotecas en instrumentos de trabajo al servicio de la cultura superior. Ellos serán los que insistan en la necesidad de contar con presupuestos permanentes para la compra de libros y los que procurarán que estén representados el mayor número de los escritores y pensadores y de sus obras.

La actividad de los bibliotecarios quedará centrada en la adquisición de nuevas obras y en el asesoramiento de los lectores. Para orientación de éstos confeccionarán los catálogos, alfabético de autores y de materias, distintos para impresos y manuscritos, cuya publicación se considerará conveniente. Además de estas bibliotecas, reyes y alta nobleza seguirán incrementando las suyas, principalmente como símbolo de prestigio. También aumentará el número de bibliotecas privadas de la pequeña nobleza o de la burguesía.

La distribución física de las instalaciones cambiará, imponiéndose el sistema de El Escorial, con estanterías adosadas a las paredes en las que los libros se protegen con telas metálicas, el centro de la sala se ocupa con instrumentos al servicio de la nueva ciencia, desde globos a relojes, o con curiosidades de la naturaleza.

Durante este siglo aparecen bibliotecas importantes como la de la Universidad de Oxford (1602) llamada Bodleian en honor al mecenas que la creó, la biblioteca del College of Cambridge (Massachussets, 1638) posteriormente Universidad de Harvard, la de Trinity Collage (Dublín). Cabe mencionar especialmente otras dos bibliotecas, la Ambrosiana de Milán y la del cardenal Mazarino, puesto que supusieron una novedad al estar abiertas al público.

La Biblioteca Ambrosiana de Milán fue fundada por el cardenal y arzobispo de Milán Federico Borromeo. Desde que se inauguró en 1609 estuvo abierta al público cuatro horas diarias. Tenían acceso a ella los estudiosos, que gozaban de gran libertad para leer libros y manuscritos.

La Biblioteca de Mazarino se abrió a partir de 1644 todos los jueves seis horas, tres por la mañana y tres por la tarde, a todas las personas cultas. A cargo de esta biblioteca estuvo Gabriel Naudé pionero en el campo de la biblioteconomía y cuyas ideas reflejó en sus escritos.

Durante este siglo en España no se creó ninguna biblioteca abierta al público, aunque si se crearon algunas bibliotecas privadas de la nobleza. Entre ellas cabe destacar la de don Diego Sarmiento de Acuña, primer conde de Gondomar, la del valido de Felipe IV, don Gaspar de Guzmán conde-duque de Olivares,

que fue la más importante de las formadas en este siglo, y la biblioteca de Juan Francisco Pacheco Téllez de Girón, duque consorte de Uceda.

12. Siglo XVIII.

Una de las principales características de este siglo es el triunfo de la cultura secular frente a la religiosa y de los libros en lenguas vernáculas frente a los latinos, lo que trajo aparejado el comienzo de la lectura pública frente a la lectura institucionalizada.

Los centros intelectuales ya no son las viejas universidades, que siguen en su tradición medieval, ni menos aún los monasterios o los conventos. Unas y otros son desplazados por nuevos centros como las academias, los salones de las casas nobles, los cafés, donde se forman tertulias de amigos, y las bibliotecas.

El contenido de los libros varió notablemente. Descendieron mucho los temas religiosos, lo mismo que la producción en latín. Los autores clásicos son más leídos en traducciones que en la versión original. Se abre paso a la literatura en lenguas vernáculas.

La utilización de estas lenguas favoreció la circulación interior del libro por ser muchas las personas que sabían leer, pero ignoraban el latín y más aún el griego.

En Inglaterra y sus colonias americanas apareció un tipo de bibliotecas denominadas parroquiales porque se centraron en las parroquias, en su desarrollo tuvo un papel relevante el reverendo Thomas Bray (1656-1730). También en Inglaterra aparecieron los clubes del libro o sociedades de lectura, asociaciones creadas para la adquisición cooperativa de libros.

Junto a los clubes aparecieron otras formas de adquisición cooperativa de libros, las denominadas bibliotecas sociales, con dos modalidades, de acciones (propietary) y de suscripción. En las primeras la propiedad pertenecía a los accionistas, que podían regalar, vender o ceder sus acciones libremente a otras personas; en las segundas, el pago de una cuota daba derecho al uso.

En Inglaterra y Norteamérica se estableció otro tipo de biblioteca llamada de préstamo (circulating library). La finalidad de estas bibliotecas era comercial, los usuarios mediante un abono anual o mensual tienen derecho a retirar libros para su lectura en casa, o pueden tener acceso a libros y periódicos en el local de la biblioteca pagando una cantidad.

Dos grandes bibliotecas nacionales, el British Museum y la Biblioteca Nacional española, se crearon en este siglo, y otra también de importancia extraordinaria, la Biblioteca Nacional Francesa, quedó constituida al transformarse en ella la Biblioteca Real y al incrementar sus fondos a causa de la Revolución, por la incautación de los libros de la Iglesia y de la nobleza. En Italia tres de sus bibliotecas nacionales fueron creadas en este siglo, La Biblioteca Nacional Florentina (1714), la de Vittorio Emmanuelle III, de Nápoles, y la Braidense de Milán.

En España, la Guerra de Sucesión que acaba con el triunfo de los Borbones frente a los Austrias, tuvo importantes consecuencias bibliotecarias, por un lado se produjeron destrucciones e incautaciones de libros, por otro, se creó la Biblioteca Real que posteriormente se transformaría en Nacional. En sus orígenes el cargo de Director de la biblioteca recayó en el Confesor del rey, existiendo además un Bibliotecario Mayor, que era el verdadero responsable del funcionamiento de la biblioteca. La creación de esta biblioteca, que se abrió al público, tuvo gran incidencia en la renovación cultural española. Existieron otras bibliotecas de relativo fácil acceso, pues aunque pertenecían a instituciones y a personas privadas, las primeras abrían a los estudiosos, sin grandes problemas, y los propietarios de las segundas en muchos casos se mostraban orgullosos de compartirlas. Encontramos bibliotecas de la Iglesia, algunas de miembros de la nobleza, las nuevas academias, la Española, la de Historia y la de Bellas Artes contaban también con ellas destinadas principalmente para satisfacer las necesidades de sus miembros. En la segunda mitad del siglo hacen su aparición las sociedades económicas de amigos del país, que disponen de sus propias bibliotecas, cuyos fondos estarán formados fundamentalmente por obras modernas, que informan del nuevo pensamiento y de las nuevas experiencias, que han de repercutir en la producción y en la mejora de la vida.

13. Siglo XIX.

Uno de los fenómenos más importantes en la historia de las bibliotecas es la aparición de las bibliotecas públicas en los países anglosajones, Estados Unidos e Inglaterra principalmente, a mediados del siglo XIX. La sociedad industrial, con nuevos puestos de trabajo mejor remunerados, había proporcionado recursos para estudiar y adquirir libros. La aparición de estos nuevos lectores, que no eran aristócratas, ni pertenecían a familias ricas, ni eran profesionales de la religión ni de la cultura, se pudo advertir por el aumento de las tiradas de la prensa. Estos nuevos lectores propiciaron un gran cambio en la industria

editorial, que pudo lanzar por primera vez colecciones de libros baratos porque el precio de producción había disminuido: las máquinas iban a más velocidad, el papel, al mecanizarse su producción, había rebajado notablemente sus precios, y el aumento de las tiradas permitía una reducción en los costes unitarios.

La formación moral y la profesional fueron las dos grandes corrientes que incidieron en la creación de las bibliotecas públicas inglesas. En 1845, la aprobación de la ley de museos permitió a las ciudades de más de 10.000 habitantes la creación de una tasa para la construcción de museos, autorización que algunas aprovecharon para construir un edificio que albergara al museo y una biblioteca.

En Norteamérica aparecen nuevos tipos de bibliotecas, como las mercantile libraries, dirigidas, en primer lugar, a mejorar la formación de los empleados administrativos de los comercios, las de aprendices, las de los mechanics' institutes. Todas ellas tienen en común estar dirigidas a colectivos profesionales con la formación como objetivo principal. Otro grupo de bibliotecas específicamente norteamericano y cuyo desarrollo coincidió con el de las públicas, fue el de las creadas por la Young Men's Christian Association (YMCA). Aunque se ha considerado la primera biblioteca pública norteamericana la que en 1833 creó el municipio de Peterborough, New Hampshire, porque estaba sostenida con fondos municipales, este puesto le corresponde realmente a la de Boston, que se abrió en marzo de 1854 y cuya autorización había sido dada por la legislatura del Estado seis años antes.

El establecimiento de las bibliotecas públicas en Estados Unidos supuso un cambio radical en la función bibliotecaria. El concepto de biblioteca adquiere una nueva dimensión, dejan de ser consideradas como memorias del pasado y archivos de la sabiduría humana para ser consideradas instituciones educativas.

Una serie de eminentes bibliotecarios unieron a su formación intelectual superiores dotes organizativas, imaginación y fe en la perfección del hombre a través del conocimiento, al que se llegaba en una primera etapa por la enseñanza y posteriormente por el libro. Fueron los padres de la moderna biblioteconomía y entre ellos destacan Charles Coffin Jewett (1816-1868), William Frederick Poole (1821-1894), Justin Winsor (1831-1897), Charles Ammi Cutler (1837-1903), John Cotton Dana (1856-1928) y Melvin Dewey (1851-1931).

Todos ellos tuvieron una participación muy activa en la creación y funcionamiento de la American Library Association (ALA), así como en el de la revista de bibliotecarios norteamericanos, Library Journal.

Nace en este siglo lo que será la biblioteca nacional norteamericana, la Biblioteca del Congreso (Library of Congress 1802). También tuvieron su origen en el siglo XIX dos bibliotecas complementarias a la del congreso que reciben el nombre de nacionales, la Biblioteca Nacional de Medicina (1836) y la Nacional Agricultural Library (1862).

Muy distinta fue la evolución durante el siglo XIX de las bibliotecas públicas francesas, que surgieron a consecuencia de la incautación ordenada por los revolucionarios de las bibliotecas de la Iglesia y los nobles. Los libros requisados que no se perdieron o fueron a parar a manos particulares se entregaron a la Biblioteca Real, a otras bibliotecas existentes, y con otros se establecieron depósitos y bibliotecas en la capital y en provincias. La custodia de los almacenes habilitados como depósitos fue confiada a las autoridades municipales. Las bibliotecas francesas durante esta época fueron un absoluto fracaso, pues el carácter erudito de las obras y su escasa actualidad no cubría las necesidades informativas y recreativas de los nuevos sectores sociales que sabían leer y sentían interés por la lectura.

Las bibliotecas alemanas sufrieron los efectos de la Revolución francesa y de las guerras napoleónicas. Muchas cambiaron de dueño y fueron incautados los libros de las monacales en las regiones católicas pasando algunos de ellos a los grandes depósitos que acabaron siendo la base de futuras bibliotecas provinciales o de distrito. No faltó en Alemania el interés por la lectura pública, pero no llegó a cuajar en movimientos como los ingleses y norteamericanos, y aunque los estados y las ciudades intentaron satisfacer esta demanda, los resultados fueron desiguales por falta de una política nacional. Las bibliotecas de alta cultura como las universitarias contaron con medios económicos y realizaron una gran labor. Muchas fueron instaladas en modernos edificios y dispusieron de profesionales que en muchos aspectos de la biblioteconomía estaban a la cabeza del mundo.

El siglo XIX en España se inició con la creación de una Biblioteca de Cortes y con el proyecto de una organización bibliotecaria nacional, la Biblioteca Nacional de Cortes.

La Biblioteca de Cortes creada en 1811, nace con el objetivo de proporcionar a los diputados obras que les ayuden en sus funciones, fundamentalmente escritos de tipo legal, esta fue la idea de los fundadores, quienes pusieron a Bartolomé José Gallardo al frente de la misma. La idea de Gallardo era muy diferente, pues pretendía formar una biblioteca con un contenido mucho más amplio. Consiguió que las Cortes ordenaran que los impresores remitieran dos ejemplares de todo lo que se imprimía, para colocar uno en el archivo y otro en la biblioteca, y que aprobaran el Reglamento de Bibliotecas Provinciales y la Planta Fundamental de la Biblioteca Nacional Española de Cortes, según la cual en cada capital de provincia se habría de establecer una biblioteca pública que tomaría su denominación del nombre de la provincia y

estarían bajo la dirección de sus respectivas diputaciones y de las Cortes, y se fijaba el reglamento que definía el funcionamiento y organización del sistema bibliotecario. Pero este proyecto no pudo convertirse en realidad por la disolución de las Cortes en 1814 por Fernando VII, lo que originó el cierre de la biblioteca, que se volvería a abrir durante el trienio liberal (1820-1823) y volvería a cerrar hasta que en 1834 se reanudara la vida parlamentaria. La creación en 1836 de la Biblioteca Nacional sería el principio del fin de la Biblioteca de Cortes, que se suprimió en 1837, quedando sus fondos dispersos.

La desamortización de Mendizábal (1835) tuvo una gran importancia puesto que al suprimir los conventos se incautaron un gran número de documentos, lo que trajo consigo la necesidad de constituir comisiones para seleccionar lo que pasaría a las bibliotecas y museos y lo que se subastaría, así como para crear bibliotecas y museos y cuidar de su sostenimiento y funcionamiento. Ante la necesidad de contar con personas preparadas tanto para la Biblioteca Nacional como para ordenar tales cantidades de documentos, se creó en 1856 la Escuela de Diplomática.

Tras la revolución de 1868, Manuel Ruiz Zorrilla, al frente del Ministerio de Fomento, reguló el Cuerpo facultativo y la Escuela Diplomática, dispuso la incautación de los archivos, bibliotecas, gabinetes y demás colecciones en poder de catedrales, cabildos monasterios y órdenes militares, se ocupó de la mejora de la enseñanza primaria, creando bibliotecas populares en las escuelas. Este proyecto se llevaría a cabo por su sucesor, José Echegaray.

En 1836, la hasta entonces Biblioteca Real se transformó en Biblioteca Nacional, que se convertiría en cabecera de la red bibliotecaria española. Sus directores dejan de ser miembros del clero para ser, al principio, personas que llegan al puesto por méritos políticos, y posteriormente elegidos para el cargo de entre famosos hombres de letras, aunque no son profesionales de la diplomática. La colección crece hasta el punto de verse obligados a cambiar de edificio, mudándose, siendo director Manuel Tamayo y Baus, a Recoletos, donde abriría sus puertas en 1896.

No fue grande la iniciativa oficial a favor de la lectura pública siendo esta falta de interés suplida en parte por las bibliotecas de las sociedades económicas de amigos del país surgidas en el siglo XVIII, las de los ateneos y las de las academias. También fueron una importante fuente de lectura pública los llamados gabinetes de lectura o literarios.

14. Siglo XX.

Se produce una gran expansión de las bibliotecas como consecuencia del crecimiento del nivel de vida de la población, del aumento de lectores, a causa del desarrollo generalizado de la enseñanza, y del considerable crecimiento de la producción de libros, revistas y prensa, que se corresponde con la demanda. La oferta de las bibliotecas se ha diversificado, consolidándose varios tipos de bibliotecas.

El desarrollo de las bibliotecas se ha debido, en gran medida, a las asociaciones profesionales, entre las que destacan por su carácter de pioneras y por su brillante trayectoria de más de un siglo, la asociación norteamericana ALA y la inglesa LA.

En 1927 aparece la IFLA, cuyos primeros pasos se centraron en la cooperación para el canje y el préstamo internacional, la normalización bibliográfica y la formación profesional. En 1947 se convirtió en órgano consultivo de la UNESCO.

Otra asociación que tuvo mucho que ver en la mejora de los servicios bibliotecarios e informativos es la FID, cuyos orígenes arrancan del Instituto Internacional de Bibliografía que crearon en 1895 Paul Otlet y Henri Lafontaine. Su trabajo principal se centró en la Clasificación Decimal Universal, sistema creado a partir del de Dewey. La FID desapareció en 2001 por problemas de financiación.

El papel de las asociaciones profesionales ha sido fundamental para la implantación de nuevas tecnologías, el desarrollo de la formación profesional y la utilización de nuevos métodos como la creación de redes de bibliotecas, la cooperación y el préstamo interbibliotecario.

El concepto de biblioteca sufre un importante cambio, pasa de ser un depósito de libros a ser un centro de divulgación de información. Con la disminución del analfabetismo, el acceso al libro deja de ser privilegio de una minoría produciéndose una democratización de la biblioteca. Esto, unido a la utilización de las nuevas tecnologías que son a la vez herramientas para la gestión de la información y para la generación de la misma, como los ordenadores, las redes, Internet, o los avances en telecomunicaciones, y su adaptación a las necesidades bibliotecarias, ha supuesto una revolución.

Durante este siglo encontramos diferentes tipos de bibliotecas:

- Bibliotecas escolares. Destinadas a los alumnos de los centros docentes de nivel inferior al universitario, y en un segundo plano al servicio del profesorado. Surgen a principio de siglo en Estados Unidos aunque su desarrollo no se alcanza hasta los años cincuenta. Este tipo de

bibliotecas prosperaron también de forma significativa en Canadá, Dinamarca, Suecia, Japón y la URSS.

- Bibliotecas nacionales. Tienen atribuidos fines diversos en cada país. Las más importantes son ricas en fondos antiguos y sus usuarios son investigadores. En países pequeños pueden ejercer funciones de biblioteca universitaria. Sus dimensiones y el volumen de sus colecciones es variado, destacando la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, la de Lenin de Moscú y la British Library.
- Bibliotecas universitarias. Cumplen la doble función de facilitar libros de estudio a los estudiantes y de investigación a los profesores e investigadores. Su número ha aumentado especialmente en la segunda mitad del siglo. Han surgido redes interbibliotecarias para favorecer la cooperación y el préstamo interbibliotecarios.
- Centros de documentación. Generalmente dependientes de organizaciones públicas o privadas, tienen como objetivo facilitar información a sus miembros. Nacidos de unas necesidades de información muy específicas, deben poner a disposición de sus usuarios la información que constantemente va apareciendo sobre la materia en la que están especializadas, dando importancia a la revista como soporte.
- Centros de información. De características similares a los centros de documentación, se diferencian en que en éstos se elaboran fuentes secundarias de información a partir de fuentes primarias, que se ponen a disposición de los usuarios.
- Bibliotecas públicas. Siguieron ampliando durante el siglo XX su incidencia social en los países que les dieron origen, Inglaterra y Estados Unidos, así como en otros en los que el desarrollo se debió a su influencia, y especialmente en los socialistas, que se ponen en cabeza en la creación de bibliotecas públicas. Estas bibliotecas se conciben como instituciones al servicio de la educación individual y colectiva de los ciudadanos, como medios para proporcionar a todos información rápida y actual sobre temas y materias de interés general; como centros de vida cultural que promueven la apreciación y el disfrute de las obras de arte, y, finalmente, como lugares donde se puede emplear el ocio de forma positiva.

En España la Crisis del 98 supuso la liquidación de los últimos restos del Imperio Colonial, y la aparición de un espíritu reformista. Fruto de esta situación el hasta entonces Ministerio de Fomento se desdobló en dos nuevos: Agricultura, Industria, Comercio y Obras Públicas por un lado, e Instrucción Pública y Bellas Artes por otro. Este último, será el responsable de lo relativo a la enseñanza, fomento de las ciencias y de las letras, Bellas Artes, bibliotecas, archivos y museos.

Tres fueron las medidas reformistas que más afectaron a los servicios bibliotecarios:

- Supresión de la Escuela de Diplomática (20-VII-1900)
- Promulgación del Reglamento para el régimen y servicio de las bibliotecas públicas del Estado (18-X-1901)
- Aprobación de las Instrucciones para la redacción de los catálogos de las bibliotecas públicas del Estado (31-VII-1902)

El interés por la lectura despertado en las clases populares y la euforia nacionalista que dominaba en Cataluña, dieron origen a la organización bibliotecaria de la Mancomunidad de Cataluña, gobierno, con cierta autonomía, de las provincias catalanas creado en 1914.

Fueron pocas las delegaciones que el gobierno central hizo en la Mancomunidad, pero su presidente, Enrique Prat de la Riba, y sus colaboradores, entre los que figuraron Jorge Rubio y Eugenio D'Ors, supieron llenar de contenido la nueva entidad mediante una notable actividad, especialmente en el campo cultural, a través del Institut d'Estudis Catalans y de nuevas creaciones como la Biblioteca de Catalunya, la red de bibliotecas populares y la escuela de bibliotecarias.

La que sería cabecera de la red, la Biblioteca de Catalunya, había empezado como biblioteca del Institut d'Estudis Catalans, al mismo tiempo que este, en 1907, y se abrió al público en 1914 en el Palacio de la Diputación. La biblioteca dependió del Institut hasta la desaparición de la Mancomunidad (1925) durante la

dictadura de Primo de Rivera, año en que pasó a depender de la Diputación de Barcelona. Durante la República dependió de la Generalitat, y después de la guerra civil volvió a la Diputación.

La Biblioteca Nacional tuvo desde 1898 hasta 1912 como director a Marcelino Menéndez Pelayo. El nombramiento supuso un cambio en la política seguida para la designación, pues se le confiaba ahora a un investigador. La dirección de la biblioteca suponía la jefatura del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, entre cuyos miembros influyó notablemente. La producción escrita sobre temas biblioteconómicos en estos tiempos fue muy pobre. Menéndez Pelayo ha sido el más ilustre y famoso de los directores de la Biblioteca Nacional, la persona que mejor ha conocido sus fondos y la más capacitada para estudiarlos. Su paso por la dirección resultó muy beneficioso para el fondo bibliográfico. Pero no fue un buen administrador ni su concepto de la función bibliotecaria estaba de acuerdo con el de las nuevas generaciones, cuyas ideas sobre las necesidades culturales del pueblo español eran muy diferentes. La desaparición de Menéndez Pelayo no supuso ningún cambio en la orientación de la biblioteca, pues su sucesor, Francisco Rodríguez Marín, era discípulo y admirador suyo.

La dimisión de Rodríguez Marín en 1930 marcó el final de una época caracterizada por la pobreza de la biblioteca en libros actuales, por las técnicas obsoletas, y por la falta de una conciencia social de la importancia de los servicios bibliotecarios.

La nueva etapa arrancó con la creación del Patronato de la Biblioteca Nacional por Elías Tormo, el cual acordaría entre sus primeras medidas, el nombramiento como director de un miembro del Cuerpo facultativo y, por consiguiente, un profesional de la biblioteconomía, aunque con buena formación humanística.

Frente a la pretensión de algunos de convertir la Biblioteca en museo bibliográfico y biblioteca científica para investigadores, estaba la necesidad de atender a los estudiantes y a los aficionados a la lectura. Para ellos se estableció la Sala General con 12.000 libros que se inauguró en 1931.

La corriente popular adquirió una importancia de primer orden durante la Segunda República, creándose la Junta de Intercambio y Adquisición de Libros para las Bibliotecas Públicas (1931).

Durante la guerra en la zona republicana hubo que tomar medidas de emergencia para salvar las obras de arte, los papeles históricos y los libros que estaban en los centros religiosos, en los palacios y en casas particulares, para evitar que fueran destruidos por las masas incontroladas.

Salvo en un sentido negativo (limitar la creación y difusión de determinados aspectos considerados nocivos), el libro, la educación y, en general, la cultura no fueron en principio motivo de preocupación para la Junta de Defensa que coordinaba las actividades de los sublevados.

Aunque la censura la estableció la autoridad militar en el momento de la declaración del estado de guerra, tuvo su primera reglamentación en mayo de 1937 y su justificación en la Ley de Prensa de 1938.

La atención al libro y a las bibliotecas en la zona nacional se inició cuando fue nombrado ministro de Educación Nacional Pedro Sainz Rodríguez, que nombró jefe del Servicio de Bellas Artes a Eugenio D'Ors y encargó los archivos y bibliotecas a un inquieto bibliotecario, Javier Lasso de la Vega.

Aunque fueron expurgadas muchas bibliotecas y grandes cantidades de libros y documentos fueron convertidos en pasta para papel, realmente las pérdidas materiales de nuestro patrimonio bibliográfico, documental y artístico no fueron tan grandes como cabía esperar tras tres años de lucha.

No podemos decir lo mismo de las bibliotecas populares pues al finalizar el año 1939 habían desaparecido el 70%. Después de la guerra prosiguió la creación de bibliotecas municipales, aunque a un ritmo lento.

La llegada al Ministerio de la Educación del equipo capitaneado por Joaquín Ruiz Jiménez (1951) supuso un cambio significativo. Se reglamentará el Servicio Nacional de Lectura, lo que daría un importante impulso a la creación de bibliotecas, estableciéndose las competencias de municipios y diputaciones así como las normas de organización y funcionamiento de las mismas. En 1957 se volvió a establecer que la dirección de la Biblioteca Nacional debía ser ocupada por un bibliotecario del Cuerpo facultativo.

La llegada del nuevo régimen democrático y las autonomías no ha supuesto en lo que a política bibliotecaria se refiere un gran avance. La falta de una clara política bibliotecaria en los últimos lustros se advierte en los cambios de competencias de la Dirección General.

En 1985 fruto de una reorganización se amplía el campo de la Biblioteca Nacional, pasando a depender de ella la Hemeroteca Nacional, el Instituto Bibliográfico Hispánico y el Centro del Tesoro Documental y Bibliográfico.

En los últimos años se advierte un notable desinterés social por las bibliotecas públicas, debido en parte, a la aparición y atracción de los medios audiovisuales y de los nuevos sistemas de comercialización del libro, que permiten el acceso a la información y el entretenimiento con escaso esfuerzo y bajo costo.

A nivel mundial nos encontramos con un hecho preocupante, desde 1914 a la actualidad ha sido el periodo de mayor destrucción de libros y bibliotecas desde las invasiones bárbaras de la Edad Media. En parte

debido a los efectos de los bombardeos y en gran medida debido a la acción directa de la censura y la destrucción indiscriminada de libros y bibliotecas.

No necesitamos remontarnos muy lejos en el tiempo para encontrar ejemplos de estos hechos, como en la guerra en Bosnia-Herzegovina entre 1991 y 1995, donde en lo que respecta a los daños infligidos a las bibliotecas se han contabilizado 188 bibliotecas dañadas y 43 completamente destruidas, como el caso del Instituto de Estudios Orientales de Sarajevo que contenía manuscritos árabes, turcos, persas y bosnios; enciclopedias, obras de historia, geografía, política, teología, filosofía islámica, obras sufíes, obras de ciencias naturales y matemáticas, de derecho, diccionarios y una colección de poesías bosnias y otomanas, desde el siglo XI al XX, toda esta riqueza cultural fue sacudida, el 17 de mayo de 1992, por balas incendiarias, destruyendo toda la colección en pocas horas, constituyéndose así en lo que podría ser la pérdida cultural más grave de toda la guerra.

También fue importante la destrucción de valiosos grupos de documentos en los monasterios franciscanos relacionados con la Bosnia Medieval, la administración turca y la dominación austro-húngara, las comunidades religiosas islámicas, la antigua Iglesia ortodoxa de Sarajevo, El departamento de documentos de la Academia de las Artes y las Ciencias y el Museo del Estado.

Este mismo año, como consecuencia de la guerra en Irak ha sido destruida La Biblioteca Nacional de Bagdad, que albergaba miles de manuscritos de los cuales han sido dados a conocer pocos títulos. También encerraba entre sus paredes una gran cantidad de otras materias como por ejemplo:

- Cerca de medio millón de documentos relacionados con la Familia Hachimita a la que pertenecía la Familia Real iraquí.
- Libros privados de la propia Familia Real de Iraq.
- Todos los documentos relacionados con el Imperio Otomano, incluidas miles de cartas y misivas.
- Cartas y misivas referentes a la relación de Iraq con el Sharif Husayn de Meca antes de la Gran Revolución Árabe.
- El archivo moderno de Iraq, incluidos los documentos originales de la Primera Guerra del Golfo (Irán – Iraq, 1980 – 1988).
- El archivo de la prensa iraquí y árabe desde finales del siglo XIX y comienzos del XX.
- Todo el archivo de Microfichas de la prensa árabe y su historia. Algunas de estas fichas no cuentan con ninguna copia.

El Centro de Documentación y Manuscritos fue también objeto de destrucción y de robo. Entre los manuscritos que albergaba estaban las primeras muestras de caligrafía árabe de la época abbasí, de autores como: Ibn Muqla (m. 940 d.C.); Ibn al-Bawwab (m. 1032) inventor de la caligrafía al-Rayhani y al-Muhaqqaq; Yaqut al-Musta'simi (m. 1299), calígrafo y autor de libros como "Asrar al-Hukama" (El Secreto de los sabios) y "Ajbar wa ash'ra" (Noticias y versos); un Corán de puño y letra de Ali b. Abi Talib (primo y yerno del Profeta de los musulmanes y cuarto califa ortodoxo, m. 661 d. C.), escrito en caligrafía cúfica.

Además de los centros anteriormente mencionados, fueron destruidos otros muchos como: el Centro Saddam de las Artes, la Biblioteca de al-Bab al-Sharqi, la Biblioteca de la Universidad de la ciudad de al-Mosul, y la Biblioteca de la Universidad de Basora.